

todo por los discursos parlamentarios que fueron honor y gloria de la elocuencia española ante el mundo entero.

La admiración a los grandes tribunos y la inclinación a la broma y a las travesuras de buena ley, no exentas de ingenio y desfachatez, entretenían la vida de los zapateros, nada holgada, pero llevadera por tomarla según venía.

Leer D. Magdaleno en alta voz, en la zapatería de Antonio Vaquero, llena de oyentes, un discurso de tres hojas del papel, pronunciado por Salmerón, Melquiades Alvarez o Canalejas, era emocionante y todavía lo es para mí el recordarlo, porque se lloraba.

De esta escuela común, según los temperamentos y las condiciones, salieron unos más inclinados a la broma, como Calero, Ulpiano, etc. y otros más dados a la austeridad, como Isidoro López y todos muy dados al trabajo aunque más los menos significados en una y otra tendencia, es decir, que los que menos bromeaban y menos politiqueaban eran los que más trabajaban, como pasa siempre y los de más provecho dentro del arte, porque las aficiones o inclinaciones desmedidas o dígame buenas aficiones, quitan valor a lo principal o preferente, que en ese caso deja de serlo para convertirse en servidor o sostén rutinario de la inclinación dominante.

Isidoro, al dejar el oficio, puso una tabernilla en el mismo local, a la que llamó "El Cielo". Era una gran persona, inmejorable, sin ambiciones y sin hijos, juicioso, aseado, educado, bondadoso y generoso, pero fanático de su creencia, como tantos que se condenan de puro beatos y los santos, -estampas-, de su patio eran Castelar, Salmerón, Ruiz Zorrilla y demás celebridades de su tiempo.

Cuando algún correligionario estaba dando las boqueadas, lo visitaba con asiduidad para fortalecer su ánimo, como si estuviera investido de espíritu sacerdotal y si sucedía algún arrepentimiento se lo reprochaba con mansedumbre pero con sincero pesar, de algo que se había malogrado en el instante preciso de su consecución. Y más de cuatro

notables de la Villa escucharon sus salmodias por amparar su debilidad propia en la de las mujeres. Hubiera sido, incluso por su constitución y traza, un gran padre de almas y no difícil de conseguir, porque propendía espontáneamente al amparo del desvalido, al consuelo del triste y a la ayuda del necesitado. Sentía la caridad y la confraternidad humanas de un modo ejemplar.

Isidoro, fue, sin saberlo él, y entre tantos simpatizantes, de los más íntegros seguidores del Krausismo, factor originario fundamental de nuestro liberalismo, representado por el ejemplo convincente del filósofo y sacerdote alcazareño D. Tomás Tapia Vela y los no menos influyentes y preparados, Santiaguillo, D. Antonio Castillo, D. Joaquín, D. Alvaro, D. Vicente Moraleda, D. Manuel, don Leoncio, D. Enrique y muchos más de su categoría, abrigado por toda la zapatería, la arriería y la trajinería alcazareñas, que eran, por razón natural de sus medios y modos de vida, los que podían renovar el aire remansado y concentrado del aldeano vivir, abanicado también y de continuo por el paso del tren y por el aleteo de los periódicos todas las tardes en las zapaterías de cada calle.

El análisis claro de estos hechos esenciales de la vida local, que expliquen la evolución del pensamiento alcazareño y justifiquen